



Academia Argentina de Letras

Buenos Aires

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 13 de septiembre de 2017

Estimados señores:

“Nadie lo vio desembarcar en la unánime noche, nadie vio la canoa de bambú sumiéndose en el fango sagrado, pero a los pocos días nadie ignoraba que el hombre taciturno venía del sur y que su patria era una de las infinitas aldeas que están aguas arriba, en el flanco violento de la montaña, donde el idioma zend no está contaminado de griego y donde es infrecuente la lepra”.

Este fragmento me fue dictado en 1962, a mis trece años, en el primer curso de la materia Castellano de mi secundario, en el Colegio Nacional de Buenos Aires. El propósito didáctico era, desde luego, la ejercitación ortográfica. Ese día apenas logré entrever el significado del párrafo, pero tampoco pude evitar una sensación de asombro y de desasosiego ante aquella prosa perfecta, ante aquella sucesión de imágenes sorprendentes, que solo algunos años después sabría que corresponden a “Las ruinas circulares”, uno de los cuentos que integran *Ficciones* de Borges. En aquel momento me di clara cuenta de que se me estaba revelando algo inquietante, inasible y necesario: la literatura.

La docencia y la investigación ocuparon buena parte de mi vida, y algún acierto en esas actividades, acaso la desatención circunstancial de los colegas o una traviesa forma del azar me llevaron a formar parte de la Academia Argentina de Letras y a presidirla hoy. Que en mi desempeño de ese cargo, la Asociación de Academias de la Lengua Española me haya confiado una edición de Jorge Luis Borges, sin saber que se trataba del autor a quien más he admirado desde aquella iniciación -preferencia personal y secreta-, me puso en la incómoda situación de tener que admitir que lo que podría llamarse casualidad venía a ser quizás alguna forma de respuesta a un culto sostenido durante más de cincuenta años.

La selección de los textos fue dolorosa, porque al tiempo que procuraba cubrir la riqueza genérica de la obra borgesiana (adjetivo que desearía instalar), me obligó a exclusiones ingratas. En beneficio de la mayor presencia de la palabra del autor, que es lo que importa, resigné otras mejoras, como una anotación más rica o un intento de concordancias. En cuanto a otras imperfecciones, las conozco y callo.

Restan mis agradecimientos. A la elegancia de la presentación y al título inmejorable, propuesto al pasar y sin pretensiones por Darío Villanueva la mañana misma en que me ofreció coordinar la edición, sumo la labor impecable de Carlos Domínguez Cintas, sin cuya colaboración no logro imaginar el volumen con que hoy contamos.

En nombre de la literatura argentina, que no es sino un capítulo de una única literatura de los pueblos que hablan español, y en el de la Academia Argentina de Letras, mi sincero agradecimiento por esta oportunidad privilegiada.

José Luis Moure
Presidente